

Litúrgicos

10

Moniciones para los distintos momentos de la Misa



Año de la Eucaristía

Oc- tubre **Introducción**

2004

***Oc-
tubre***

Lo que se presenta en este folleto no es una lista de moniciones para convertir la celebración de la Eucaristía en una catequesis sobre la misma.

Se pretende resaltar, durante este Año de la Eucaristía, en cada una de las celebraciones dominicales, algún aspecto de la Misa, con una monición breve. Así, de forma casi imperceptible, habremos ayudado a los fieles a comprenderla mejor.

Esta manera de hacer puede coexistir con cualquier otra iniciativa de las muchas que surgirán sin duda en este Año de la Eucaristía.

El primer título de cada apartado hace referencia al “**tema**” a resaltar. El segundo indica el “*momento*” de la celebración en que se puede hacer la monición correspondiente. En letra cursiva y con texto entrado, figura normalmente un fragmento de la Ordenación General del Misal Romano (OGMR. Los números son de la edición tercera – la actual), que hace referencia al momento de la celebración. Finalmente, en letra normal, va el texto que puede ser leído por el sacerdote o monitor.

1. El canto

2005

Antes del primer canto

Reunido el pueblo, mientras entra el sacerdote con el diácono y los ministros, se comienza el canto de entrada. El fin de este canto es abrir la celebración, fomentar la unión de quienes se han reunido e introducirles en el misterio del tiempo litúrgico o de la fiesta y acompañar la procesión de sacerdotes y ministros. (cf.47)

Habitualmente, las celebraciones eucarísticas comienzan con el canto de entrada. El canto eleva nuestro espíritu, nos ayuda a rezar, nos une con Dios. Y la unión de nuestras voces quiere expresar también la unión de corazones. Nos ponemos de pie para recibir al sacerdote que representa a Cristo. Cantemos con alegría alabanzas al Señor.

2. El beso al altar

Antes del saludo del celebrante

El sacerdote, el diácono y los ministros, cuando llegan al presbiterio, saludan al altar con una inclinación profunda; en señal de veneración, el sacerdote y el diácono lo besan. (cf.49)

Cuando ha entrado sacerdote, se ha acercado al altar y lo ha besado. El altar simboliza a Cristo, presente entre nosotros. El sacerdote lo besa y, en ocasiones solemnes, lo inciensa. El altar – Cristo es el centro de nuestra celebración.

3. En nombre de la Trinidad *Antes de “En el nombre del Padre...”*

Terminado el canto de entrada, el sacerdote, de pie junto a la sede, y toda la asamblea hacen la señal de la cruz. (cf.50)

Porque fuimos bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, podemos participar en la Eucaristía. El Padre nos llama, por medio de su Espíritu Santo, a escuchar la Palabra de su Hijo y a celebrar en la Eucaristía el misterio de la cruz, pasión, muerte y resurrección de Jesús.

4. Constituimos asamblea *Antes de “El Señor esté con vosotros”*

El El sacerdote, por medio del saludo, manifiesta a la asamblea reunida la presencia del Señor. Con este saludo y con la respuesta del pueblo queda de manifiesto el misterio de la Iglesia congregada. (cf.50)

El saludo del sacerdote que preside y nuestra respuesta nos hacen comprender que somos comunidad. Jesús resucitado está presente en la persona del sacerdote y en la comunidad reunida. Por eso, agradecidos, nos colocamos juntos, cantamos y oramos con gozo.

5. El acto penitencial I

Al iniciarse el acto penitencial

Los ritos que preceden a la liturgia de la palabra, es decir, el canto de entrada, el saludo, el acto penitencial, el Señor, ten piedad, el Gloria y la oración colecta, tienen el carácter de exordio, introducción y preparación. Su finalidad es hacer que los fieles reunidos constituyan una comunión y se dispongan a oír como conviene la palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía. (cf.46)

Somos un pueblo santo, porque Jesús, que es la Cabeza, es santo. Pero, al mismo tiempo, somos un pueblo de pecadores, porque nosotros somos pecadores. De todas maneras, sabemos que Jesús “acoge a los pecadores y come con ellos”. Antes de escuchar la Palabra de Dios y participar en la Eucaristía, pedimos perdón para estar bien dispuestos a escuchar al Señor que nos hablará y se nos hará presente.

6. El acto penitencial II

Al iniciarse el acto penitencial

El sacerdote invita al acto penitencial, que, tras una breve pausa de silencio, realiza toda la comunidad con la fórmula de la confesión general, y se termina con la absolución del sacerdote, que no tiene la eficacia propia del sacramento de la Penitencia. (cf.51)

El breve silencio que hacemos ahora no es para realizar un examen exhaustivo de nuestros pecados, ni las palabras que pronunciará el sacerdote son equivalentes a la absolución sacramental, pero este momento de la Misa nos ayuda a tomar conciencia de la grandeza de Dios, de su bondad y su misericordia. Somos cada uno de nosotros afortunados, como aquellos por los que Jesús rezó: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Acabat Después del acto penitencial, se dice el “Señor, ten piedad”... Siendo un canto con el que los fieles aclaman al Señor y piden su misericordia... tomarán parte en él el pueblo y la schola o cantor. (cf.52)

7. El Gloria I

Antes del Gloria

El Gloria es un antiquísimo y venerable himno con que la Iglesia, congregada en el Espíritu Santo, glorifica a Dios Padre y al Cordero y le presenta sus súplicas.

8. El Gloria II

Antes del Gloria

Cantaremos (recitaremos) el Gloria. Fijémonos en sus primeras palabras: “Gloria a Dios... Paz a los hombres”. Son un programa. El programa de Jesús: amor al Padre, entrega a los hermanos; nuestra vida ha de ser alabanza a Dios y servicio a los hermanos. La Eucaristía es, sobretodo, comunión con Dios y con los hermanos.

9. La oración colecta

Después de “Oremos”

El sacerdote invita al pueblo a orar; y todos, a una con el sacerdote, permanecen un momento en silencio para hacerse conscientes de estar en la presencia de Dios y formular interiormente sus súplicas... Siguiendo una antigua tradición de la Iglesia, la oración colecta suele dirigirse a Dios Padre, por medio de Cristo en el Espíritu Santo. (cf.54)

Es la primera oración de la Misa. Se la llama “colecta”, porque en ella el sacerdote recoge los deseos y necesidades de la Iglesia y los presenta a Dios. Pensemos que hoy, de todos los rincones del mundo se elevará al Padre la misma oración. Sigámosla mentalmente. Y hagámosla nuestra con el amén final.

10. El gesto de sentarse

Una vez sentados

Las lecturas tomadas de la Sagrada Escritura, con los cantos que se intercalan, constituyen la parte principal de la liturgia de la palabra... el mismo Cristo, por su palabra, se hace presente en medio de los fieles. Esta palabra divina la hace suya el pueblo con el silencio y los cantos, y muestra su adhesión a ella con la profesión de fe. (cf.55)

Durante el canto de entrada y la oración colecta hemos permanecido en pie. Ahora nos sentamos. Lo hacemos para escuchar la palabra de Dios, como el discípulo escucha al maestro; como María, la hermana de Marta, escuchaba las palabras del Maestro bueno.

11. La Palabra

Una vez sentados

La liturgia de la palabra se ha de celebrar de manera que favorezca la meditación y, en consecuencia, hay que evitar toda forma de precipitación que impida el recogimiento. Conviene que haya en ella unos breves momentos de silencio, en los que, con la gracia del Espíritu Santo, se perciba en el corazón la palabra de Dios y se prepare la respuesta a través de la oración. (cf.56)

Para comprender lo que es la Misa, se suele decir que el Señor nos prepara dos banquetes: el de su Palabra y el del Sacramento. Escuchemos con atención las lecturas, aunque no captemos todo. Las lecturas están dispuestas de manera que, en tres años, si asistimos a Misa cada domingo, podremos escuchar los fragmentos más relevantes de toda la Biblia.

12. El Salmo responsorial

Después de la primera lectura

Después de la primera lectura, sigue el salmo responsorial, que es parte integrante de la liturgia de la palabra y goza de una gran importancia litúrgica y pastoral, ya que favorece la meditación de la palabra de Dios. (cf.61). En las lecturas se dispone la mesa de la palabra de Dios a los fieles y se les abren los tesoros bíblicos... No es lícito sustituir las lecturas y el salmo responsorial, que contienen la palabra de Dios, por otros textos no bíblicos. (cf.57)

A la palabra de Dios que hemos escuchado respondemos orando; una oración que es alabanza, meditación, aceptación agradecida de la palabra de Dios. Es el salmo responsorial. También el salmo es palabra de Dios. Es Dios mismo quien pone en nuestros labios y en nuestro corazón la respuesta. Meditémosla y hagámosla nuestra.

13. El Aleluya

Después de la segunda lectura

Después de la lectura que precede inmediatamente al Evangelio, se canta el Aleluya... Esta aclamación constituye de por sí un rito o un acto con el que la asamblea de los fieles acoge y saluda al Señor que les va hablar en el Evangelio y profesa su fe con el canto. (cf.62)

Ahora será Jesús quien nos hable en el Evangelio. Nos ponemos de pie para aclamarlo. Cantemos gozosos su presencia.

14. El Evangelio

Después del Aleluya

La proclamación del Evangelio constituye la cima de la liturgia de la palabra. La misma Liturgia enseña que se le debe tributar suma veneración, ya que la distingue por encima de las otras lecturas con especiales muestras de honor, sea por razón del ministro encargado de anunciarlo y por la bendición u oración con-

que se dispone a hacerlo, sea por parte de los fieles, que con sus aclamaciones reconocen y profesan la presencia de Cristo que les habla, y escuchan la lectura puestos en pie. (cf.60)

En el Evangelio nos habla Jesús. Por eso va precedido por un Aleluya que expresa nuestra alegría por la Buena Nueva (evangelio) que Él nos trae, o, en tiempo de cuaresma, por un canto de aclamación. Al ponernos de pie, porque es el mismo Cristo quien nos habla, queremos significar que estamos preparados, dispuestos a seguirle.

15. El beso al evangelionario *Después de “Gloria a ti, Señor”*

Hemos escuchado el Evangelio con atención... y con amor. El sacerdote besa el Evangelionario, expresando así el deseo de que el evangelio penetre en nuestra vida e inspire toda nuestra actuación, y que nos unamos plenamente a Cristo.

16. La homilía *Después de “Gloria a ti, Señor Jesús”*

La homilía es parte de la Liturgia, y muy recomendada, pues es necesaria para alimentar la vida cristiana. Conviene que sea una explicación o de un aspecto particular de las lecturas de la sagrada Escritura, o de otro texto del Ordinario, o del Propio de la Misa del día, teniendo siempre presente el misterio que se celebra y las particulares necesidades de los oyentes. (cf.65)

Ahora el sacerdote, en nombre de la Iglesia, nos explicará la Palabra de Dios que hemos escuchado, para que podamos captarla mejor, profundizarla. Seamos “tierra buena” donde la semilla de la Palabra pueda germinar y dar buen fruto.

17. “Creo en Dios...” *Después del silencio que sigue a la homilía*

El Símbolo o profesión de fe tiende a que todo el pueblo congregado responda a la palabra de Dios, que ha sido anunciada en las lecturas de

la sagrada Escritura y expuesta por medio de la homilía, y para que, pronunciando la regla de la fe con la fórmula aprobada para el uso litúrgico, rememore los grandes misterios de la fe y los confiese antes de comenzar su celebración en la Eucaristía (cf.67)

Dios nos ha dirigido sus Palabra; la Iglesia nos la ha explicado. Nosotros la hemos escuchado con oídos y corazón. Ahora se nos pide decir Sí a Dios que nos ha hablado, decirle que creemos en lo que nos ha revelado.

18. La plegaria universal

Después del Credo

En la oración universal u oración de los fieles, el pueblo responde de alguna manera a la palabra de Dios acogida en la fe y, ejerciendo su sacerdocio bautismal, ofrece a Dios sus peticiones por la salvación de todos. Conviene que esta oración se haga normalmente en las Misas a las que asiste el pueblo, de modo que se eleven súplicas por la santa Iglesia, por los gobernantes, por los que sufren alguna necesidad y por todos los hombres y la salvación de todo el mundo. (cf.69)

Cristo es Redentor de toda la humanidad. Su Cuerpo ha sido entregado por todos los hombres y mujeres del mundo; por todos ha sido derramada su Sangre. De ello haremos el Memorial en la Eucaristía. Es preciso, pues, que recemos por todas las necesidades del mundo y de la Iglesia. Así ejercitamos nuestro sacerdocio bautismal.

19. Ofertorio

Mientras los monaguillos traen el pan y el vino

Cristo tomó en sus manos el pan y el cáliz, dio gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad, comed, bebed... De ahí que la Iglesia haya ordenado toda la celebración de la liturgia eucarística según estas mismas partes que corresponden a las palabras y gestos de Cristo. (cf.72)

Al comienzo de la liturgia eucarística se llevan al altar los dones que se convertirán en el Cuerpo y Sangre e Cristo. En primer lugar se prepara el altar o mesa del Señor, que es el centro de toda la celebración eucarística, colocando sobre él el corporal, el purificador, el misal y el cáliz... Se traen a continuación las ofrendas: es de alabar que el pan y el vino los presenten los mismos fieles. (cf.73)

El ofertorio suscita en nosotros sentimientos de gratitud, satisfacción y gozosa espera. Gratitud, porque el pan y el vino que ofrecemos son don de Dios, que nos ha dado la tierra y la capacidad para cultivarla; satisfacción, porque el trabajo del hombre ha dado fruto; gozo y esperanza, porque sabemos que Dios convertirá estos dones tan sencillos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

20. Lavabo

Mientras el sacerdote se lava las manos

El sacerdote se lava las manos en el lado del altar. Con este rito se expresa el deseo de purificación interior. (cf.76)

El sacerdote se lava las manos, diciendo interiormente: “Lávame de las culpas, Señor, purifícame del pecado”. Un gesto sencillo que nos recuerda a todos cómo debemos acercarnos con limpieza a celebrar o participar en la Eucaristía, ¿Estamos en gracia de Dios? “¡Lávanos, Señor, purifícanos!”

21. “...sacrificio mío y vuestro” *Una vez se ha lavado las manos*

Terminada la colocación de las ofrendas y los ritos que la acompañan, se concluye con la invitación a orar junto con el sacerdote, y con la oración sobre las ofrendas, y todo queda preparado para la Plegaria eucarística. (cf.77)

El sacerdote nos pedirá ahora, como quien necesita ayuda, que nos unamos a su oración para que este sacrificio sea agradable a Dios. “Sacrificio mío y vuestro”, dirá. La Eucaristía no es asunto particular de cada uno. El mismo sacerdote es consciente de que no podrá agradar a Dios si no es en unión de los fieles, de toda la Iglesia.



El n. 31 de la OGMR dice: “Corresponde al sacerdote... decir algunas moniciones... en la liturgia de la palabra, antes de las lecturas, en la plegaria eucarística, antes del prefacio, **pero nunca dentro de la misma...**”

Por eso, los comentarios que ahora se proponen y las referencias a la OGMR habrá que tenerlas en cuenta *antes de comenzar el prefacio*. Se pueden introducir diciendo: “En la Plegaria eucarística que ahora comenzará, y que es el centro de la celebración, hoy nos fijaremos...”

Ahora empieza el centro y la cima de toda la celebración, a saber, la Plegaria eucarística, que es una plegaria de acción de gracias y de consagración. El sacerdote invita al pueblo a elevar el corazón hacia Dios, en oración y acción de gracias, y lo asocia a su oración que él dirige en nombre de toda la comunidad, por Jesucristo en el Espíritu Santo, a Dios Padre. El sentido de esta oración es que toda la congregación de los fieles se una con Cristo en el reconocimiento de las grandezas de Dios y en la ofrenda del sacrificio. La plegaria eucarística exige que todos la escuchen con silencio y reverencia. (cf.78)

22. María en la Eucaristía

Antes de empezar el Prefacio

Entraremos ahora en la parte central de la Eucaristía. Recordemos que María, la Virgen, está presente. Ella nos hablará al corazón y nos dirá, apoyando las palabras del sacerdote: “toma y come el cuerpo de mi Hijo, formado de mi propio cuerpo...; bebe su sangre que yo le ofrecí como Madre”. Pensemos cómo asistiría la Virgen a las eucaristías presididas por los apóstoles, y... aprendamos de ella.

23. “Levantemos el corazón”

Antes de empezar el Prefacio

La Plegaria eucarística comienza con la acción de gracias expresada sobre todo en el Prefacio. En ella, el sacerdote, en nombre de todo el pueblo santo, glorifica a Dios Padre y le da las gracias por toda la obra de salvación o por alguno de sus aspectos particulares, según las variantes del día, festividad o tiempo litúrgico. (cf. 79a)

El sacerdote nos dirá: “Levantemos el corazón”, invitándonos así a obrar como Jesús que siempre tenía el corazón dirigido al Padre; invitándonos a tener un corazón decidido, para unirnos a Cristo que se dispone a ofrecerse al Padre en sacrificio. Nuestros mártires se disponían para el momento supremo cantando himnos a Cristo Rey. Sí, levantemos el corazón, para unirnos al sacrificio de Cristo.

24. “Demos gracias al Señor...”

Antes de empezar el Prefacio

El sacerdote nos dirá enseguida: “Demos gracias al Señor...” La Liturgia nos invita con estas palabras a dilatar el corazón, dando gracias a Dios Padre, que nos ha amado hasta el punto de darnos a su propio Hijo. Ahora y aquí se actualizará el sacrificio de Cristo en el Calvario, la prueba del mayor amor. “Realmente es justo y necesario, es nuestro deber y salvación” darle gracias.

25. Alabanza de toda la Iglesia *Antes de empezar el Prefacio*

El Prefacio, con el que comienza la Plegaria eucarística acaba con la Aclamación. Toda la asamblea, uniéndose a las jerarquías celestiales, canta el Santo. Esta aclamación, que constituye una parte de la Plegaria eucarística, la proclama todo el pueblo con el sacerdote. (cf. 79b)

Cantaremos en unión con los coros de los ángeles y santos un gran Hosanna al Dios tres veces santo. Empezamos la gran Plegaria eucarística, conscientes de que la Iglesia del cielo y de la tierra, los ángeles y los santos, se unen a nuestra Eucaristía. La Eucaristía es alabanza y sacrificio de toda la Iglesia, terrenal y celestial, unida a Cristo, que es su Cabeza.

26. “Cielo y tierra... de su gloria” *Antes de empezar el Prefacio*

La Eucaristía es una inundación del amor de Dios sobre el cielo y la tierra. Es como un resquicio de cielo que se abre sobre la tierra (un rayo de gloria que penetra los nubarrones de nuestra historia e ilumina nuestro camino). Toda la eternidad será un canto de alabanza a Dios Padre, por Jesucristo en el Espíritu Santo. Es preciso que nosotros, ahora, aquí en la tierra, seamos promotores de la gloria de Dios. Promotores y sacerdotes que ofrecemos a Dios Padre el himno de alabanza que toda la creación y toda la humanidad, consciente o inconscientemente, elevan al Creador.

27. “Bendito el que viene...” *Antes de empezar el Prefacio*

Dentro de breves momentos cantaremos: “Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el cielo”. Y es que el Señor viene realmente, aunque en humildad y sencillez. Es Él realmente, Dios y hombre verdadero, maestro, hermano, amigo, que se hará presente entre nosotros y nos dirá: “Tomad, es mi Cuerpo; bebed, es mi Sangre”.

28. La “efusión” del Espíritu

Antes de empezar el Prefacio

El sacerdote extenderá sus manos sobre el pan y el cáliz, un gesto de petición (epiclesis): La Iglesia implora la fuerza del Espíritu Santo para que los dones que han presentado queden consagrados, es decir, se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. (cf.79c)

En breves momentos, el sacerdote pedirá a Dios Padre que descienda su Espíritu Santo sobre estas ofrendas. Lo hará extendiendo sus manos sobre el pan y el vino. El Espíritu, como rocío, tendrá una fecundidad silenciosa. El Espíritu realizará la Eucaristía sin ruido. También sin ruido quiere el Espíritu transformar nuestro corazón.

29. ...“in persona Christi”

Antes de empezar el Prefacio

Un momento de la la Plegaria eucarística es el relato de la institución de la Eucaristía y la consagración: con las palabras y gestos de Cristo, se realiza el sacrificio que el mismo Cristo instituyó en la última Cena, cuando bajo las especies de pan y vino ofreció su Cuerpo y su Sangre y se lo dio a los Apóstoles en forma de comida y bebida, y les encargó perpetuar este misterio. (cf.79d)

El sacerdote dentro de poco dirá las mismas palabras y hará los mismos gestos que Jesús dijo e hizo en la última cena. Es el momento de abrir los ojos y los oídos de la fe para a saber ver y escuchar a Jesús, que estará realmente presente entre nosotros, nos hablará Él mismo, se nos dará Él mismo totalmente.

30. “Haced esto en memoria mía”

Antes de empezar el Prefacio

Acabada la consagración, el sacerdote, en nombre de Cristo, dirá: “Haced esto en conmemoración mía”. Con estas palabras instituyó a los Apóstoles como sacerdotes, para que siempre y en todas partes actualizasen el único sacrificio de Cristo. Obispos y sacerdotes han recibido esta misma misión.

Rezaremos para que no falten nunca en la Iglesia los ministros de la Eucaristía.

31. “El misterio de la fe”

Antes de empezar el Prefacio

Una vez terminada la consagración el sacerdote dirá: “Este es el misterio de nuestra fe”. Nosotros responderemos con palabras que serán a la vez grito de triunfo y compromiso. Que nuestra vida sea siempre anuncio de Cristo crucificado, confesión y testimonio de su resurrección, canto y espera gozosa del triunfo pleno y final de Cristo.

32. El memorial

Antes de empezar el Prefacio

Por la Anamnesis (memorial), la Iglesia, al cumplir este encargo que, a través de los Apóstoles, recibió e Cristo Señor, realiza el memorial del mismo Cristo, recordando principalmente su bienaventurada pasión, su gloriosa resurrección y ascensión al cielo. (79e)

La Eucaristía es el memorial del misterio de Cristo mismo. No simple recuerdo, sino real y sacramental actualización de su pasión, muerte, resurrección y ascensión al cielo. Hoy y aquí, se nos hará presente todo su misterio para nuestra salvación.

33. La oblación

Antes de empezar el Prefacio

En la Plegaria eucarística hay un momento en que nuestro sacerdocio bautismal se une con el sacerdocio del celebrante: es el momento de la Oblación: la Iglesia, especialmente la reunida aquí y ahora, ofrece en este memorial al Padre en el Espíritu Santo, la víctima inmaculada. La Iglesia pretende que los fieles no sólo ofrezcan la víctima inmaculada, sino que aprendan a ofrecerse a sí mismos, y que de día en día perfeccionen, con la mediación de Cristo, la unidad con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios lo sea todo en todos. (cf.79f)

En la Eucaristía, juntamente con el sacerdote, todos nosotros ofrecemos a Dios la víctima inmaculada. Es preciso que también nosotros, juntamente con Cristo y por medio de Cristo,

nos ofrezcamos al Padre con todo lo que somos y tenemos. Es ejercicio de nuestro sacerdocio bautismal

34. “Memento” de vivos

Antes de empezar el Prefacio

En la Plegaria eucarística hacemos unas intercesiones: dan a entender que la Eucaristía se celebra en comunión con toda la Iglesia, celeste y terrena, y que la oblación se hace por ella y por todos sus fieles, vivos y difuntos, miembros que han sido llamados a participar de la salvación y redención adquiridas por el Cuerpo y la Sangre de Cristo. (cf.79g)

Jesús, en la última Cena oró por los discípulos y por aquellos que creerían gracias a ellos. El sacerdote pedirá, como fruto de la Eucaristía, la paz y la salvación de todo el mundo, la fortaleza de la fe y la caridad para la Iglesia peregrina: Papa, obispos, sacerdotes, diáconos y fieles: todo el pueblo de Dios. También uniéndonos a su oración ejercitamos nuestro sacerdocio bautismal a favor de todos.

35. “Memento” de difuntos

Antes de empezar el Prefacio

Nos fijaremos hoy, en la Plegaria eucarística que comenzamos, en la oración que hará el sacerdote por los difuntos. La fe en el perdón de los pecados y en la vida eterna nos mueve a rezar para que el perdón que ofreció Jesús a todos desde la cruz libere plenamente a nuestros hermanos difuntos de toda pena temporal merecida por sus pecados, y vivan felices para siempre con Cristo.

36. “Por Cristo, con Él y en Él...”

Antes de empezar el Prefacio

La Plegaria eucarística acaba con la glorificación del Padre, por el Hijo en el Espíritu Santo... y se concluye y confirma con la aclamación del pueblo: “Amén”. (cf.79h)

Nos fijaremos hoy en las palabras finales de la Plegaria eucarística: son triunfantes. Es verdad que ninguna obra nuestra podría agradar plenamente al Padre. Pero por Cristo, con Él y en Él, nuestra alabanza se hace digna, y Dios recibe el honor y

la gloria que se deben. Nuestro “Amén” rubricará las palabras del sacerdote.

37. El “Amén” de la Doxología *Antes de empezar el Prefacio*

No estaremos pasivamente en la celebración eucarística, como tampoco estuvieron pasivos los Apóstoles en la última Cena, aun sin ser conscientes plenamente de lo que estaba sucediendo. Nuestro “Amén” que pronunciaremos con firmeza, querrá expresar nuestra plena aceptación e inserción en el misterio que se habrá realizado.

38. Padrenuestro

Antes de rezarlo

Com Ya que la celebración eucarística es un convite pascual, conviene que, según el encargo del Señor, su Cuerpo y su Sangre, sean recibidos por los fieles, debidamente dispuestos, como alimento espiritual. A esto tienden la fracción y los demás ritos preparatorios, con los que inmediatamente lleva a los fieles a la Comunión.(cf.80)

En la oración dominical se pide el pan de cada día, con lo que se alude, para los cristianos, principalmente al pan eucarístico, y se implora la purificación de los pecados, de modo que, en realidad, “las cosas santas se den a los santos”. (cf.81)

El Padrenuestro resume toda la vida cristiana: ser hijos de Dios y vivir como hijos. Lo expresamos rezando, porque, aunque lo deseamos, no podemos conseguirlo con nuestras solas fuerzas.

39. Gesto de la paz

Antes de “Daros fraternalmente la paz”

Sigue ahora el rito de la paz, con el que la Iglesia implora la paz y la unidad para sí misma y para toda la familia humana, y los fieles expresan la comunión eclesial y la mutua caridad antes de comulgar en el Sacramento. (cf.82)

Este gesto de la paz, tan significativo, como cualquier otro momento de la celebración, puede estar lleno de contenido, o ser un gesto rutinario. Con él, antes de unirnos a Jesús por la Comunión, queremos expresar nuestro compromiso de vivir en comunión con los hermanos. Es tomar en serio las palabras de Jesús: “Si al presentar tu ofrenda, te das cuenta que tu hermano tiene algo contra ti, ve primero a reconciliarte con tu hermano”. Cierto que el gesto de ahora no es suficiente, pero es un compromiso.

40. La fracción del pan

Antes de la fracción del pan

El gesto de la fracción del pan, realizado por Cristo en la última Cena, y que en los tiempos apostólicos fue el que sirvió para denominar la íntegra acción eucarística, significa que los fieles, siendo muchos, en la Comunión de un solo pan de vida, que es Cristo muerto y resucitado para la vida del mundo, se hacen un solo cuerpo. (cf.83)

En los primeros siglos de la Iglesia, este gesto de la fracción del pan, que Cristo mismo hizo en la última Cena, dio nombre a la celebración de la Eucaristía. Significa que todos los que comemos del mismo pan, es decir, nos alimentamos el mismo Cristo, hemos de estar siempre unidos, hemos de formar un solo Cuerpo.

41. Comunión

Antes de “Este es el Cordero de Dios”

Ahora el sacerdote se prepara con una oración en secreto para recibir con fruto el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Los fieles hacen lo mismo orando en silencio. Luego el sacerdote muestra a los fieles el pan eucarístico sobre la patena o sobre el cáliz y los invita al banquete de Cristo; y juntamente con los fieles, hace, usando las palabras evangélicas prescritas, un acto de humildad. (cf.84)

Hagámonos conscientes de lo que el sacerdote dirá y de lo que todos responderemos. Importa mucho no vivir con ligere-

za este momento tan grande. Realmente, vuelve a ser verdad aquello de “Dios con nosotros”.

42. El “Amén” de la comunión.

Antes de dar la Comunión

Seamos conscientes de la fuerza que tiene el Amén que responderemos cuando el sacerdote nos muestre la Eucaristía para comulgar, diciéndonos: “El Cuerpo de Cristo”. Responderemos “Amén”. Es una respuesta de aceptación plena del don que se nos ofrece. Cuando María dijo al ángel: “Hágase en mí según tu palabra” el Hijo de Dios se encarnó en las entrañas de María. También nuestro “Amén” dará entrada en nosotros al mismo Hijo de Dios.

43. El silencio

Antes de purificar

Cuando se ha terminado de distribuir la Comunión, el sacerdote y los fieles, si se juzga oportuno, pueden orar un espacio de tiempo en secreto. Si se prefiere, toda la asamblea puede también cantar un salmo, o algún otro canto e alabanza o un himno. (cf.88)

Después de comulgar, hacemos como María que meditaba lo que guardaba en su corazón. No podemos imaginar a María desconectando enseguida del misterio que llevaba dentro. Una de las señales más claras de la fe y del amor a Jesús, o de la falta de fe y amor, es lo que hacemos después de comulgar. Aprovechemos estos momentos de silencio para conectar con Jesús.

44. Oración Post-comunión

Antes de iniciarla

Para completar la plegaria del pueblo de Dios y concluir todo el rito de la Comunión, el sacerdote pronuncia la oración para después de la Comunión en la que se ruega por los frutos del misterio celebrado. (cf.89)

Todos hemos tratado de dar gracias a Dios por el don inmenso recibido en la Comunión. Ahora el sacerdote, como recogiendo la acción de gracias de todos, la expresa de forma colec-

tiva en una hermosa oración, en la que, además, pide el fruto de esta celebración.

45. Bendición final

Antes de impartirla

Hemos iniciado la Misa en el nombre de la Santísima Trinidad, con la señal e la cruz. Ahora la terminaremos de forma semejante, recibiendo la bendición que nos da el sacerdote, como prenda de que saldremos de la iglesia muy bien acompañados para el trabajo que nos espera.

46. Canto final

Antes de entonarlo

La Misa no acaba aquí en la iglesia. Ahora empezamos a vivirla. Al salir, comienza el tiempo de la coherencia, que ha de durar hasta que volvamos a encontrarnos en la próxima celebración. No pueden disociarse la Misa y la vida. Más bien hemos de hacer de nuestra vida una prolongación de la Misa. De la Eu-



Delegación de Pastoral litúrgica